

Solo palabras

Miguel Casado

Poète, critique et traducteur

No tuve ocasión –a diferencia de muchos entre ustedes– de frecuentar a Claude Esteban; coincidimos solo en dos o tres momentos, que hoy querría evocar como hilo conductor de mis palabras, un hilo que el azar dispuso.

A finales de octubre de 1997, me invitaron a participar en un encuentro de traducción colectiva; organizado según el modelo de Royaumont, se celebraba en Toledo, la capital histórica de los traductores, y donde para entonces ya vivía yo. Nueve o diez poetas españoles íbamos a reunirnos con los autores de los dos libros que, en sendos grupos, traduciríamos; eran Jacques Roubaud y Claude Esteban. A mí me correspondió el grupo de este último, junto a Juan Abeleira, Luis Martínez de Merlo y Manuel Neila, y el libro propuesto era *Sur la dernière lande*, publicado en francés un año antes; *En el último páramo* fue el título que le dimos en español. Casi no nos conocíamos entre nosotros y nuestras poéticas eran bastante diversas, opuestas incluso –diría yo– en algunos aspectos; en una nota que adjuntó al final del libro, Claude Esteban describía aquellas horas de trabajo: “¡Cuántas proposiciones entonces, cuántas sugerencias, de las más sabias a las más *disparatadas*. Larga, ardentemente disputadas, que por una especie de alquimia misteriosa, acaban por cristalizar en una versión única, evidente a la vista de todos!” Así había sido, y él lo contaba con suavidad y sabiduría. Nunca he olvidado su presencia allí y su modo de estar: permanecía sentado con nosotros todas las horas que nosotros lo estuviéramos, no hablaba ni transmitía su opinión ni siquiera con gestos, contestaba con parquedad las preguntas concretas que le dirigíamos; pero ese testigo mudo, que parecía haber inhibido sus derechos de autor, y de autor bilingüe, en realidad nos guiaba. De pronto, cuando la discusión se volvía disputa de difícil salida, se oía su voz: “¡vamos a tomar una cerveza!”; en el bar no se hablaba de traducción, y al regreso el nudo se había desatado. Me sorprendía la exactitud con que lo hacía, el gran conocimiento de tantas cosas implícitas en la modesta interrupción; y era notable la confianza que nos daba así, y con solo estar. Un director de orquesta sin manos y sin palabras, dueño de las pautas del silencio.

No sé si nuestra traducción es buena; la he releído ahora y no me parece mal, aunque le falta tal vez –como es lógico– un sello personal, algo más de consistencia, pero siempre he considerado aquellos días una experiencia fundadora, decisiva para mí, aunque había traducido ya tres libros de Verlaine y otros textos sueltos. Aprendí en aquellas sesiones sin fin algunas cosas que aún hoy me parecen criterios casi irrenunciables, quizá de ética más que de poética: la obligación de una duda poco menos que metódica y la conciencia de que nunca acaba esa duda de resolverse, las traiciones y autoengaños que se esconden en las intuiciones *brillantes* y la imprescindible modestia del traductor, saber que el texto que resulta de la traducción es siempre informe y provisional, que queda abierto... Claude Esteban lo explica en su nota: el texto no es “una resultante definitiva, intangible, sino un momento retenido en una virtualidad sin fin”; he llegado a pensar que esto no ocurre solo en la traducción colectiva, sino en toda traducción, e incluso en buena parte de la poesía que hoy escribimos.

En el último páramo crece con *El rey Lear* como raíz; cada poema lleva un epígrafe de la obra de Shakespeare, y, con esa mediación, va desarrollando un trabajo del duelo –se podría decir– a distancia: la pérdida y la soledad, la decrepitud de los años que se precipita, se escriben –y esto es constitutivo de todo Claude Esteban– como una experiencia física, aguda o espesamente física. Es un libro impresionante. El raro efecto de sencillez, de contundencia, de que nada más podría decirse y solo queda acusar el impacto, expresa bien el misterio de esta poesía, transparente y densa, personal, dura tal vez –como si no hubiera dónde hincarle el diente– para la lectura crítica.

Nos tomamos tiempo, nos
perdimos, perseguimos

al sol, nos dormimos tantas veces
en un lecho de paja

ahora, qué fresco es
el recuerdo del viento

parece que la lluvia abre un largo
silencio

y es como si al atardecer
nacieran dioses

pero tan pequeños
que los pájaros los picotean como granos¹.

1 Claude Esteban, *Morceaux de ciel, presque rien, poèmes*, Paris, NRF Gallimard, 2001, p. 54. (NdÉ.)
*On s'est donné le temps, on s'est
perdus, on a poursuivi*

*le soleil, on s'est endormis tant de fois
sur un lit de paille,*

*maintenant, comme il est frais
le souvenir du vent*

El segundo momento se da un año más tarde, en noviembre de 1998. Es en Madrid, en la Residencia de Estudiantes, donde tiene lugar un Encuentro de Poetas Europeos. Yo debo presentar a Bernard Noël, que va a leer sus poemas; veo, sentado en la primera fila, a Claude Esteban; pienso un instante que quizá no se acuerde de mí, como con la sensación de que hubiera pasado mucho tiempo. Cuando termina la lectura de Bernard y nos levantamos, Claude se acerca con explícito reconocimiento. Me saluda y me dice que le ha interesado vivamente mi intervención, que habría mucho para conversar; habla con algo que parece sequedad, pero me doy cuenta de que se trata más bien de cierta reticencia ante la retórica del elogio, gratuito, social. Hay mucha gente en la sala, también ha leído poemas Vasco Graça Moura, el poeta portugués, a quien yo había traducido en alguna ocasión; y ya no vuelvo a coincidir con Claude Esteban, solo en la despedida.

En mi presentación de Bernard Noël –he vuelto ahora a aquel texto–, había hablado sobre todo de *La sombra del doble*, un libro que acababa de aparecer en España. Había evocado la multiplicación de dobles, de sombras, que se produce dentro de la lengua, la palabra como una cámara de espejos donde ninguna imagen es la primera. Y añadía: “el lenguaje visto desde dentro funciona como una pesadilla. Lo que empezó indagando en los problemas de la representación y de la identidad, se transforma verdaderamente en una *poesía de terror*. Como en las pesadillas, un ámbito irreal e *inexistente*, nos puebla de sensaciones poderosas, insoportables”. Y me refería luego a cómo Freud vincula la figura del doble con lo siniestro, y a la leyenda de “los hombres huecos”, tal como la relata René Daumal: “El vacío es su único alimento, comen la forma de los cadáveres y se embriagan de palabras huecas”. Unos años después, cuando leí *Le partage des mots* [*La heredad de las palabras*], recordé toda esta escena, como ahora hago de nuevo. Porque comprendí que quizá nadie como Claude Esteban ha hablado de lo que yo borrosamente intuía aquella tarde: de la experiencia de la lengua como intimidad, como dolorosa intimidad; de la lengua como espacio de sufrimiento existencial, de la conformación ahí de una personalidad dividida, separada de sí misma. De cómo la relación entre las palabras y las cosas se convierte en problema de la relación de uno consigo mismo, y sería muy revelador pensar el tópico romántico de la *separación* en este contexto. Quizá nadie ha hablado como él de esto, por la intensidad concreta, por la vida inmediata que contiene el temblor del sujeto ante cada palabra que debe decir: el sujeto tiembla, parpadea, es y deja de ser, no sabe... y todo ello es físico, pesa, roza, ahoga.

Claude Esteban escribió, en efecto, una autobiografía, cuyo contenido y escenario es la relación que mantiene con sus dos lenguas, la relación que estas mantienen entre sí, lo determinante de todo ello en su inserción social, en sus vínculos con los demás, en su formación íntima. Me vienen a la cabeza esas frases hechas: “son solo palabras”, “no son más que palabras”, y cuánto desconocimiento cabe en tal descalificación. “Existen heridas –escribe Claude Esteban– incluso en la parte más sólida de la inteligencia que la inteligencia ya no tiene poder para curar”. Y me conmueve pensar la

*on dirait que la pluie fait un long
silence*

*et c'est comme si dans le soir
des dieux naissaient*

*mais si petits
que les oiseaux les picorent comme des graines.*

extrema apuesta que fue la traducción para él: era lo más cotidiano, la materia misma de su soledad, y también quizá lo más aberrante, tocado por un tabú muy distinto del que solemos nombrar cuando repetimos que la poesía es intraducible, o ideas similares.

En el tercer momento ya no estaba personalmente él. Muy poco después de su fallecimiento, el Centro Andaluz de las Letras organizó en Granada una mesa redonda para recordarle; nos invitaron a María Victoria Atencia –la gran poeta, traductora suya también– y a mí; fue un sábado de mayo, por la mañana, durante la Feria del Libro. El acto estaba convocado en el Palacio de Bibataubín, un edificio que se ha reconstruido varias veces a lo largo de los siglos, situado donde estuvo un fuerte de la muralla nazarí, del que se conserva una torre –además del prefijo *bib* que nombra en árabe las puertas. En un patio maravilloso, con toda la pujanza de la primavera andaluza, apenas una docena de personas nos acompañaban, como si fuéramos a contracorriente del tipo de actualidad y cariz comercial que requieren las Ferias; pero fue una hora de inolvidable intensidad. María Victoria leyó algunas traducciones y recordó a Claude, yo hablé de su obra y leí unos poemas de *Croyant nommer* [*Creyendo nombrar*] (1971), que había traducido en las semanas anteriores; al final, los escasos asistentes no nos dejaban irnos, comentaban con pasión, preguntaban dónde podían leer a este poeta.

En la historia de la lengua que es *Le partage des mots*, después de tantos cambios, angustia, súbitas decisiones inexplicables para quien las toma, el protagonista, ya profesor de español en Tánger, encuentra de pronto el hilo; es la poesía quien lo encuentra. Empieza la poesía a hacerse oír de madrugada, a poner palabras en un papel, y están en francés. Es curioso: fue la poesía clásica española, Quevedo y Juan de la Cruz, en la voz de uno de sus profesores, la que primero le atrajo; pero fue el francés el que levantó su voz. La experiencia de soledad en Tánger, de darse tiempo, de haber suspendido la urgencia de cualquier decisión, hizo en él el vacío que la voz habitó. La poesía es el desenlace de la historia, feliz, reconciliador, por más que el sufrimiento siguiera fluyendo, como lo hace la vida. Encuentro un modelo aquí de lo que es la poesía; al menos, de lo que es para quienes nos ocupamos en otras cosas, aparte de escribir poemas. Entre todas ellas, es siempre quien decide, quien está en la médula de todo y la llena o la vacía, ella es quien somos.

Leo un poema de aquellos que traduje para llevar a Granada; se publicaron hace años en una revista de internet.

Materia muerta bajo los pasos.

Hace falta

seguir hacia el río.

El invierno bebió los senderos.

La sombra se agarra

a un retoño inviable.

Haber nombrado la fiebre

solo a un niño dócil hace detenerse

al borde de los sueños.

La sangre se queda helada.

Más tarde
un grito
rasga el discurso.

Tierras, trabajos del corazón, todo
bulle a la vez.²

Todo bulle a la vez: los muertos, que quedan bajo las pisadas, que son trabajos del corazón, y los vivos, con sus trabajos también, con sus estaciones y el ritmo del tiempo que todo lo gestiona en silencio. Pero se ha nombrado *la fiebre* y nombrarla ha perforado el discurso, fundiendo los niveles, creando un mundo otro por el que fluye el sueño de la lengua. La fiebre, el deseo. La escritura.

El cuarto momento podría ser hoy. He reencontrado estos días *La mort à distance*, los poemas póstumos, los poemas del final. Qué les voy a decir de ellos, ustedes los conocen; y, sobre todo, como observé antes, cuando se lee la poesía de Claude Esteban, parece que no hubiera nada que decir. Es inapelable. E implacable el análisis de sí mismo, de este sentirse ir, en el que no se aceptan metáforas, ni se acepta dibujar con los poemas un lugar de complacencia, ni hay ninguna clase de mirada positiva a un sujeto –al revés, funciona como relato de un ir dejando de ser sujeto, antes de dejar de ser. Es una elegía física, material, en que la luz y el dolor son materia. Y, en estas páginas durísimas y de hermosa lucidez, recupero algunos hilos del principio: la pierna que Lear quería arrojar a la basura y que es ahora premonición del mal de su propia pierna, las menciones explícitas del conflicto infantil y adolescente entre las dos lenguas, el español, el francés, como si se estuviera

² *Id.*, *Terres, travaux du cœur, poèmes*, Paris, Flammarion, 1976, p. 28 (NdÉ.)

Matière morte sous le pas.

Il faut

poursuivre encore vers le fleuve.

L'hiver a bu tous les chemins.

L'ombre s'agrippe

à quelque pousse impraticable.

Avoir nommé la fièvre

n'arrête qu'un enfant docile

au bord des rêves.

Le sang demeure pris.

Plus tard

un cri

déchire le discours.

Terres, travaux du cœur, tout

bouge ensemble.

haciendo recuento; también, la llegada de la poesía: «Todo había empezado / con un balbuceo de sílabas // luego / la palabra entera, la frase / como un cántico // me acuerdo».

Finalizo, pues, con un raro soneto, el último poema de este último libro.

me he inclinado ante el sol con mi frente
he tocado la tierra para que me perdone
he quitado de mi cuarto el polvo antiguo
lavado mi cuerpo con el agua de los vivos

espero sin temblar que se eleve una voz
que alguien me llame por mi nombre un día
y me acoja donde quiera en el desierto o su casa
y compartir yo el pan de los otros

he caído he gritado tuve miedo
dije que prefería la muerte a mi herida
mentí tres veces y cantó el gallo

pero la tierra no reclama arrepentimiento
basta con que yo ande y respire
y el mundo de nuevo es perfecto³

3 Miguel Casado cite ici le dernier poème de Claude Esteban, dont le manuscrit a été retrouvé à sa mort sur son bureau, et publié tel quel dans *La Mort à distance*, Paris, Gallimard, 2007, p. 211. (NdÉ.)

*je me suis prosterné devant le soleil
j'ai touché de mon front la terre pour qu'elle me pardonne
j'ai chassé de ma chambre la poussière vieille
j'ai lavé mon corps dans l'eau des vivants*

*j'attends sans trembler qu'une voix s'élève
que quelqu'un m'appelle un jour par mon nom
et m'accueille où il veut au désert ou dans sa maison
et que je partage le pain des autres*

*je suis tombé j'ai crié j'ai eu peur
j'ai dit que la mort était préférable à ma blessure
j'ai menti par trois fois et le coq a chanté*

*mais la terre ne réclame pas qu'on se repente
il suffit que je marche et que je respire
et le monde est à nouveau parfait*